



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

90 minutos

Relatos de fútbol



“Yo de fútbol no sé nada. Es más, no me gusta el fútbol, me deprime escuchar de fondo dominguero los relatos [...] sin embargo, me gustó como desafío. Un escritor puede documentarse y escribir de lo que sea”.

Inés Fernández Moreno

Inés Fernández Moreno

Buenos Aires, 1947

Su vasta producción literaria incluye obras traducidas y publicadas en diversas antologías. Obras: *El cielo no existe* (2013), *Mármara* (2009), *La profesora de español* (2005), *Hombres como médanos* (2003), *La última vez que maté a mi madre* (1999) y *Un amor de agua* (1997).

Milagro en Parque Chas

AQUELLA NOCHE, LAS CALLES DE PARQUE CHAS me recordaban más que nunca el cementerio de La Chacarita.

Esas módicas casitas de la calle Berlín o Varsovia, de ventanas estrechas y muros grises, se correspondían indudablemente con aquellas bóvedas de mármol y piedra del cementerio vecino. Unas casas un poco más reducidas al fin y al cabo, un poco más silenciosas, pero esencialmente iguales.

Bóveda o casita, allí estaba la misma orgullosa clausura de la propiedad privada, el mismo persistente deseo de jardinete delante, de cantero florido, la misma respetuosa interdicción en el umbral. Hasta los enanitos de jardín y los perros de terraza mantenían su parentesco con ciertas figuras de vírgenes o de ángeles guardianes en lo alto de los mausoleos.

Módicas
Modestas.

Admito que yo estaba deprimido.

Hacía pocos días que me había quedado sin trabajo y los brasileros estaban ganándonos uno a cero en

Walkman
Reproductor de audio estéreo lanzado al mercado por la compañía japonesa Sony en 1979.

la ronda final de la Copa América. Así me lo decía la voz del relator que me taldraba el cerebro a través de los auriculares del walkman. Por eso, tal vez, aquella nube de pensamientos fúnebres se las arreglaba para trabajarme el ánimo, en segundo plano, pero en una unívoca dirección de melancolía y derrota.

Llegué hasta la avenida Triunvirato en busca de un quiosco abierto para comprar cigarrillos y me detuve frente a la vidriera de una casa de artículos para el hogar.

Un grupo de seis o siete hombres seguía las alternativas del partido a través de varias pantallas encendidas. Siempre me ha producido cierta desazón ver a estos solitarios, es fácil imaginarlos con hambre, con frío, sometidos a un deseo que se conforma con las migajas del confort. Pese a todo, en medio del abandono y la luz mortecina de la avenida, el grupo resultaba una isla esperanzada de humanidad.

Me paré detrás de todos y me dejé magnetizar como ellos por las imágenes mudas de la pantalla. Yo

tenía la dudosa ventaja del sonido, con la voz del relator puntuando el movimiento de los jugadores. Es decir: los errores de nuestra selección y el avance avasallante de los brasileros.

Súbitamente, las luces parpadearon, las pantallas dejaron ver un último destello luminoso y después se oscurecieron por completo dejándonos desconsolados y boqueando como cachorros a los que hubieran arrancado de su teta. No sé por qué razón, tal vez porque yo era el que había llegado último, todas las caras se volvieron hacia mí. Levanté los hombros, un poco desconcertado.

—Se debe haber cortado una fase, aventuré.

Me siguieron mirando. Qué querían de mí, yo, de electricidad, sabía poco y nada.

—Vamos, hombre —aclaró por fin un viejo de boina gris—, diga usted, que está conectado, cómo va el partido.

Todos hemos tenido, de chicos, la fantasía de ser relatores de fútbol, todos hemos intentado alguna vez alcanzar la portentosa velocidad necesaria para seguir la carrera de una pelota y la de los jugadores tras ella. No lo niego. Pero verme lanzado así a relatar, de buenas a primeras, era otra cosa.

Algunos avanzaron un paso hacia mí, no supe entonces si en actitud amenazante o más bien como

buscando una mejor ubicación. Los miré. Vi en primer plano a un muchachito ojeroso envuelto en una bufanda verde, a un morocho corpulento de campera de cuero, a un hombre rubio de cara gastada con el diario doblado bajo el brazo...

Eran hombres abatidos, lo suficientemente castigados por los políticos, por la falta de trabajo, de esperanzas, por la torpeza de nuestra selección y ahora, además, por ese corte inesperado que los dejaba otra vez fuera del partido.

Era un deber solidario agarrar esa pelota.

Empecé tímidamente a reproducir las palabras del relator.

—... qué bien la hizo el brasilero... —dije— qué precisión... el indirecto es para Carvalho... se viene menga-nito... menga-nito... zuta-nito... el puntero cabecea con el paretal izquierdo... centro chanfleado... busca la cabeza del número 9... pelota en el área... peligro de gol...

Apenas iniciado el relato pude notar cómo las palabras, entumecidas al principio, se daban calor unas a otras, cómo se volvían resueltas y hasta temerarias —ya me lo había comentado un amigo que estudiaba teatro, la voz emitida públicamente se anima de otra fuerza, se enamora de su propio arrullo y termina haciendo su propio juego.

Fui casi el primer sorprendido cuando, en lugar de cantar el poderoso gol de Gonçalvez con el que Brasil se ponía dos a cero, desvié unos centímetros la pelota en el aire y la hice pegar contra el travesaño.

—... pega la pelota contra el travesaño... —dije—, increíble señores —agregué—, increíble... Argentina se salva por milagro de un nuevo gol del jugador carioca.

Mi tribuna suspiró aliviada y yo seguí adelante: “... viene el Zurdo... toca para Angelini... Angelini para Pedrete... Pedrete para Pascualito... Pascualito... Pascualitoooo...”.

La ofensiva argentina hubiera continuado limpiamente su avance si no fuera por Quindim, el marcador brasileiro, un mulato enorme que se desliza como una anguila, “se cruza por su derecha, traba con Pascualito, quita y de un tiro largo pone el esférico en el área de los argentinos...”.

No resultó igual de fácil desviar la dirección en que rodaban mis palabras. De manera que dije: “Se cruza Quindim por la derecha, intenta trabar... Pascualito lo gambetea... el mulato cae y rueda sobre la gramilla... y ya nadie lo para a Pascualito que ahora llega hasta el área chica, pateo y ¡goooooool! ¡goooooool! ¡¡¡¡gooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooool!!!! ¡¡¡¡de Argentinaaaa!!!!... —canto— que se pone uno a uno con los brasileiros..., ¡¡¡graaaande Pascualito!!! —apunto, ganado sinceramente por la emoción del empate.

Mi tribuna salta de alegría. El grito crece hasta estremecer la impávida quietud de Triunvirato.

El jubilado se saca la boina gris y la agita en un arco enorme, como si quisiera saludar con ella al universo entero.

El pibe ojeroso de la bufanda se abalanza sobre la espalda del morocho que lo agarra de las piernas y le hace dar varias vueltas a caballito. Más atrás, un grupo de tres o cuatro se abraza y salta rítmicamente. Yo mismo corro hacia la esquina con los brazos en alto. Un motociclista, contagiado por el entusiasmo, se detiene en el semáforo y hace sonar su bocina.

El festejo se silencia apenas retomo el relato, pero persiste en los ojos brillantes y la actitud expectante del grupo.

Con un vértigo de angustia, entiendo que todo ha quedado ahora en mis manos, en mi voz. Que puedo hacerlos caer nuevamente en el desconuelo o hacerlos vivir momentos de gloria.

Promediando el segundo tiempo, empujados por el frío y el entusiasmo, nos desplazamos por Triunvirato hacia La Haya. Yo voy delante, seguido siempre por la barra, consignando cada vez con mayor profesionalismo el increíble vuelco de la selección argentina.

Me basta con corregir apenas al relator. Cuando habla del avance seguro “de los brasileros”, digo “de los argentinos”, cuando dice “Bertotto se durmió en el pase”, digo “Das Portas” se durmió, cuando dice “uhhh, cómo se comió esa pelota el arquero argentino”, digo “uhhh, cómo se la comió el arquero carioca”.

Una pareja que se besa lentamente en La Haya se suma a la hinchada. En Berna, un viejo en silla de ruedas se asoma a la puerta y nos aplaude. Un hombre que está paseando dos perros salchicha por las veredas de Berlín empieza a seguirnos. Una mujer desmelenada, en pantuflas, corre por Varsovia y nos alcanza. Dos pibes que están fumando un porro en Ámsterdam también. Como en el flautista de Hamelín, el despliegue armónico y consistente de la selección argentina resulta una música irresistible.

Llegamos a la Plaza Éxodo Jujeño. Aunque el verano ya ha quedado atrás, hay en el aire un recuerdo de jazmines. Dejo entonces de escuchar al relator, a aquel que solo me hablaba a mí, con la voz soberbia y estridente de quien se cree dueño de la verdad. No lo necesito. Me irrita con su voz chabacana y sus goles mentirosos. Ellos, los de mi grey, solo escuchan mi voz, ven

Grey

Conjunto de individuos con algún carácter común.

a través de mis palabras, se elevan y gozan y temen pero solo para volver a gozar porque, como nunca, la acción se ajusta a una estrategia inteligente y rigurosa: los delanteros atacan, los defensores defienden, los arqueros atajan.

Los errores brasileros, en cambio, se multiplican.

Equivocan los pases, se comen los amagues, arman mal en la línea de fondo, erran dos penales imperdibles...

El equipo argentino se perfecciona, se vuelve imaginativo, deja jugadas –un caño, un taquito, un gol de media cancha– que podrán recordarse durante años. Los goles, en esa fiesta de grandeza, son casi lo de menos y llegan con asombrosa puntualidad. Ganamos cinco a uno.

Ni la niebla que desciende sobre el Parque ni la pobre claridad de los faroles logran opacar la alegría. Por el contrario, les confieren a los abrazos, a las camperas y las bufandas desplegadas, a las manos que se agitan, a los que caen de rodillas, se santiguan y se besan y cantan y bailan, una dimensión de misteriosa epopeya.

Parque Chas es territorio liberado, y lo ha sido por la vibración de mis palabras, por las imágenes que ellas han convocado frente a todos aquellos ojos.

El frío aprieta y la hinchada por fin se dispersa lentamente. Yo camino a la deriva. Voy como entre nubes, agotado, pero sereno y orgulloso.

Una lucecita, como una boya, me guía hasta el quiosco de Gándara y Tréveris que ahora está abierto.

—Antes no estaba abierto, le comento al quiosquero.

—Las cosas cambian —me comenta con filosofía—. ¿No vio acaso cómo terminó el partido?

Lo dice con una sonrisa que bastaría para iluminar el barrio entero.

—Todos lo vieron —digo yo—, tratando de recordar su rostro entre los hombres de mi hinchada.

Después le cabeceo un saludo y sigo mi camino.

Lanzo hacia el cielo una bocanada de humo que se prolonga en una nube tenue de vapor.

En el techo de una casita gira locamente una figura oscura. Es una veleta. Un perro de azotea. Un ángel que festeja el milagro de Parque Chas.



Este cuento se publicó en *Cuentos de fútbol*.

Si te gustó...

Mármara, de Inés Fernández Moreno; *La voz del estadio*, de Gabriela Saidon; *La música de los domingos*, de Liliana Hecker; *The cup*, dirigida por Khyentse Norbu.



Coordinación editorial
Daniela Allerbon

Edición
Vicente Russo

Revisión de contenidos
Débora Ruiz, Bárbara Talazac

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Javier Bernardo

Digitalización
Centro de Microfilmación y Digitalización de la Biblioteca Nacional
(Juan Abate, María Argüello, Agustina Beyda, Ignacio Gaztañaga y Karina Petroni)

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro, Florencia Argento

Agradecimientos
Víctor Hugo Morales, Adrián Nirón, Joaquín Amoia, Ciro Cavalotti

Asesoramiento en selección de imagen de tapa
Dirección de Artes Visuales del Ministerio de Cultura de la Nación

Imagen de tapa
Oscar Suárez
